PRIMER SOPLO DE LA MUSA.

La vida que haciamos en Combourg mi hermana y yo aumentaba la exaltacion de nuestra alma y de nuestro carácter. Nuestra principal diversion consistia en pasearnos por el lado del Mallo grande, en la primavera sobre un tapiz de velloritas, en otoño sobre un lecho de hojas secas, y en invierno sobre un manto de nieve bordado con la huella de los pájaros, de las ardillas y de los armiños. Jóvenes como las velloritas, tristes como las hojas secas, y puros como la nieve recien caida, los objetos que constituian nuestro recreo armonizaban con nosotros.

En uno de estos paseos fue cuando, oyéndome hablar Lucila con entusiasmo de la soledad, me dijo: «Tú deberias pintar todo esto.» Esta palabra me reveló la musa; encendió mi alma un soplo divino, y empecé á hablar en verso como si hubiese sido mi idioma natural; dia y noche los pasaba cantando mis placeres; es decir, cantando mis bosques y mis valles: recuerdo que hice una porcion de idilios ó cuadros de la naturaleza (1). He escrito en verso mucho tiempo antes que en prosa. Mr. de Fontanes decia que yo habia recibido ambos instrumentos.

¿Ha brillado despues en mí aquel talento que me prometia la amistad? ¡Cuántas cosas he esperado en vano! Un esclavo, en el Agamenon de Eschylo, fue colocado de centinela en lo alto del palacio de Argos; sus ojos tratan de descubrir la convenida señal del regreso de las naves; canta para hallar algun solaz en sus vigilias; pero las horas vuelan, se ocultan los astros, y la antorcha entre tanto no brilla.

Cuando, despues de muchos años, apareció su luz tardía sobre las olas, el esclavo se hallaba encorvado ya bajo el peso del tiempo; nada le resta que hacer mas que recoger las desgracias, y el coro le dice: «Que un anciano es una sombra que vaga errante á la claridad del dia.» *Onar emerophanton alainei.*

MANUSCRITO DE LUCILA.

Cuando estaba en los primeros encantos de mi inspiracion, invité á Lucila á que me imitara, y pasábamos los dias consultándonos mutuamente y comunicándonos lo que habiamos hecho y lo que pensábamos hacer. Emprendiamos juntos algunas obras, y, guiados por nuestro propio instinto, traduciamos los mas bellos y los mas tristes pasajes de Job y de Lucrecio sobre la vida: el *Tœdet animam meam vitæ meæ*: el *Homo natus de muliere*: el *Tum porro puer*; *ut sævis projectus ab undis navita* et. Los pensamientos de Lucila no eran mas que sentimientos que salian de su alma con dificultad; pero cuando conseguia expresarlos, no habia nada mas sublime. Ha dejado unas treinta páginas manuscritas, las cuales no pueden leerse sin sentir una conmocion profunda. La elegancia, la igualdad, el idealismo y la sensibilidad apasionada de estas páginas, ofrecen una mezcla del genio griego y del germánico.

La aurora.

«¡Qué dulce claridad acaba de iluminar el Orientes! ¿Es acaso la jóven Aurora que entreabre al mundo sus hermosos ojos, cargados aun con la languidez del sueño? ¡Date prisa, encantadora diosa! Deja el tálamo nupcial y vístete el traje de púrpura: reténgalo entre us nudos un muelle cinturon; que no oprima sus delicados piés calzado de ninguna especie; que no profane adorno alguno sus lindas manos destinadas á entreabrir las puertas del dia. Pero ya veo que te vas levantando sobre una colina umbrosa. Tus cabellos de oro caen en húmedos bucles sobre tu sonrosado cuello. Tu boca exhala un aliento puro y perfumado. ¡Tierna deidad! La naturaleza entera sonrie á tu presencia: tú sola viertes lágrimas, y nacen las flores.

A la luna.

«¡Casta diosa! Diosa tan pura, que ni aun las rosas del pudor se mezclan á tus tiernos resplandores; yo me atrevo á tomarte por confidente de mis sentimientos. Yo tampoco tengo, como tú, por qué ruborizarme de mi propio corazon. Pero el recuerdo del juicio injusto y obcecado de los hombres cubre á veces mi frente de nubes, como suele estarlo tambien la tuya. Los erroros y las miserias de este mundo me inspiran mis sueños, lo mismo que á tí. Pero, mas feliz que yo, tú, ciudadana de los cielos, conservas siempre la serenidad: las tempestades y borrascas que se elevan de nuestro globo no alcanzan á tu pacífico disco. Amable diosa, en cuya contemplacion se recrea mi tristeza, vierte tu frio reposo sobre mi alma.»

La inocencia.

«Hija del cielo, amable inocencia; si me atreviese á hacer una débil pintura de algunos de tus rasgos, diria que ocupas el lugar de la virtud en la infancia, el de la prudencia en la primavera de la vida, el de la belleza en la vejez, y el de la felicidad en el infortunio; que, extraña á nuestros errores, no viertes mas que lágrimas llenas de pureza, y que tu sonrisa es celestial. ¡Bella inocencia! ¿Temblarias tú, aun cuando te vieses rodeada de peligros, y aun cuando te asestase sus tiros la envidia? ¿Tratarias de sustraerte, modestia inocencia, á los peligros que te amenazan? No; yo te estoy viendo en pié, dormida, y con las cabeza apoyada sobre un altar.»

Mi hermano concedia algunas veces cortos instantes á los ermitaños de Combourg, y solia traer consigo un jóven, consejero del parlamento de Bretaña, monsieur de Malfilatre, primo del infortunado poeta de este nombre. Yo creo que Lucila concibió, sin saberlo, una pasion secreta hácia este amigo de mi hermano, y que aquella pasion sofocada era el orígen de la melancolía de mi hermana. Lucila adolecia ademas de la misma manía que Rousseau, aunque no tenia su orgullo; estaba en la creencia de que todo el mundo se habia conjurado contra ella. Vino á París en 1789 en compañía de aquella hermana Julia, cuya pérdida ha deplorado con una ternura que rayaba en lo sublime. Todos cuantos la conocieron la admiraron, desde Mr. de Malesherbes hasta Champfort. Habiéndose lanzado en las luchas revolucionarias en Rennes, estuvo á riesgo de ser encerrada en el castillo de Combourg, convertido en calabozo durante el terror. Despues de librarse de ser conducida á una prision, casó con Mr. de Caud, del cual quedó viuda al año de su casamiento. Cuando regresé de mi emigracion volví á ver á la amiga de mi infancia: mas adelante diré cómo desapareció, y cuánto plugo á Dios afligirme por esta causa.

La Vallée-aux-Loups noviembre de 1817.

ÚLTIMAS LÍNEAS ESCRITAS EN LA VALLÉE-AUX-LOUPS.— REVELAGION SOBRE EL MISTERIO DE MI VIDA.

Acabo de regresar de Montboissier, y hé aquí las últimas líneas que trazaré en mi ermita; fuerza es abandonarla, llevando grabado en mi corazon el recuerdo de estos hermosos adolescentes que principiaban ya á ocultar y coronar á su padre entre sus espesas filas. Ya no veré mas la magnolia, que prometia su rosa á la tumba de mi Floridiana; el pino de Jerusalem y el cedro del Líbano, consagrados á la memoria de Gerónimo; el laurel de Granada, el plátano de la Grecia, ni la encina de la Armórica, al pié de los cuales pinté á Blanca, canté á Cymodocea, é inventé á Velleda. Estos árboles, que han nacido y crecido con mis meditaciones, y que eran las Hamadryades, van á pasar al imperio de otro: ¿los amará su nuevo dueño como yo los amaba? Tal vez los dejará perecer; ¿quién sabe si hasta los echará por tierra? Ya no debo conservar nada sobre este suelo. Al dar mi postrer adios á los bosques de Aulnay; no podrá menos de ocurrirse á mi memoria mi última despedida á los bosques de Combourg.

La aficion que Lucila me inspiró hácia la poesía vino á producir en mí los mismos efectos que el aceite arrojado al fuego. Mis sentimientos adquirieron un nuevo grado de fuerza; cruzó por mi espíritu un vanidoso deseo de nombradía; creí un instante en mi *talento;* pero habiendo recobrado pronto una justa desconfiada de mí mismo, principié á dudar de él como he dudado siempre. Empecé á considerar mi trabajo como una mala tentacion, y acusaba á Lucila por haber hecho nacer en mí una inclinacion desgraciada; cesé de escribir, y me puse á llorar mi gloria venidera como otro pudiera llorar la pérdida de sus pasadas glorias.

Vuelto á mi primera ociosidad, sentí, ahora mucho mas que antes, lo que faltaba á mi juventud; yo era un misterio para mí mismo. No podia ver una mujer sin turbarme, y me ruborizaba si ella me dirigia la palabra. Mi timidez excesiva con todo el mundo era tan grande cuando estaba entre el bello sexo, que hubiera preferido cualquier tormento al hallarme á solas con una mujer; pero inmediatamente que esta se separaba de mi lado, principiaba á llamarla con todas mis fuerzas. Las descripciones de Virgilio, de Tíbulo y de Massillon se presentaban clara y distintamente á mi memoria; pero la imágen de mi madre y hermana hacia mas espeso el velo que la naturaleza trataba de descorrer, cubriéndolo todo con su pureza: la ternura filial y fraternal engañaba mis ideas acerca de otra ternura menos desinteresada. Si me hubieran entregado las esclavas mas hermosas de un serrallo, no hubiera sabido qué pedirles. La casualidad vino á ilustrarme sobre este punto.

Un vecino del dominio de Combourg vino al castillo con su mujer, que era muy linda, á pasar algunos dias con nosotros. No me acuerdo qué cosa ocurrió repentinamente en la aldea, que todo el mundo se dirigió corriendo á la ventana para enterarse de lo que sucedia. Yo llegué el primero de todos, y sintiendo detras de mí los pasos de la forastera, me volví hácia ella, deseando cederle el sitio; pero me cerró involuntariamente el paso, y me sentí oprimido entre ella y la ventana. Ignoro lo que pasó entonces en mi interior.

Desde aquel momento entreví que el amar y ser amado de una manera que era para mí desconocida, debia ser la suprema felicidad. Si yo hubiese hecho lo que hacen los demás hombres, bien pronto hubiera conocido los placeres y las penas de la pasion, cuyo gérmen abrigaba mi pecho; pero todo tomaba en mí un carácter extraordinario. El ardor de mi imaginacion, mi timidez y la soledad, fueron causa de que, en lugar de demostrar mis pensamientos, me replegase sobre mí mismo; á falta de un objeto real, evoqué con el poder de mis vagos deseos un fantasma, que no me abandonó jamás. No sé si la historia del corazon humano ofrece otro ejemplo de esta naturaleza.

FANTASMA DE AMOR.

Yo me formé á mi antojo una mujer, de todas cuantas mujeres habia visto: tenia el talle, el cabello y la sonrisa de la forastera que me habia oprimido contra su seno, y le dí los ojos de una joven de la aldea y la frescura de otra. Los retratos de las grandes señoras del tiempo de Francisco I, de Enrique IV y de Luis XIV, que adornaban el salon, me proporcionaron algunos otros rasgos, y habia ido á hurtar gracias hasta á los cuadros de las vírgenes suspendidas en las iglesias.

Esta encantadora me seguia invisible á todas partes; hablaba con ella como con un ser real, y la variaba á medida de mi capricho. Aphroditis sin velo, Diana vestida de azul y rosa, Talía con su máscara risueña, y Hebe con la copa de la juventud, venia á ser frecuentemente una hada que la naturaleza habia sometido á mi voluntad. A cada paso estaba retocando mi lienzo y quitaba á mi deidad una de sus gracias para reemplazarla con otra. Algunas veces cambiaba tambien sus adornos, tomándolos prestados de todos los paises, de todos los siglos, de todas las artes y de todas las religiones. Despues, cuando habia hecho una obra maestra, esparcia de nuevo mis dibujos y mis colores; mi mujer única se transformaba en una multitud de mujeres, en las cuales idolatraba por separado los encantos que habia adorado reunidos.

Pygmaleon estuvo menos enamorado de su estátua; traíame, sin embargo, bastante inquieto el modo de agradar á la mia. No reconociendo en mí mismo nada de lo que era preciso para ser amado, me prodigaba todo aquello que me hacia falta. Montaba á caballo como Castor y Polux; tocaba la lira como Apolo; Marte manejaba sus armas con menos fuerzas y destreza que yo; haciame héroe de novela ó de historia, y ¡cuántas ficticias aventuras no aglomeraba sobre estas ficciones! Las sombras de las hijas de Morven, las sultanas de Bagdad y de Granada, las castellanas de las antiguas viviendas feudales, baños, perfumes, danzas, delicias del Asia; todo me lo apropiaba por medio de una mágica varita.

Hé aquí una jóven reina, que viene adornada con diamantes y flores (esta era siempre mi sílfide); que me busca á media noche, al través de los jardines de naranjos, en las galerías de un palacio bañado por las olas del mar, situado en las embalsamadas playas de Nápoles ó de Mesina, bajo un cielo de amor, que el astro de Endymion ilumina con su luz: estátua animada de Praxíteles, avanza por entre sus estátuas inmóviles, los pálidos cuadros y los frescos silenciosamente blanqueados por los rayos de la luna: el leve rumor de sus pasos sobre los mosáicos de los mármoles se mezcla con el murmullo insensible de los campos de la oleada. Vémonos rodeados de amaranto por todas partes. Yo me precipito á los piés de la soberana Enna, y las sedosas ondas de su suelta diadema vienen á acariciar mi frente cuando inclina sobre mi rostro su cabeza de diez y seis años y cuando sus manos se posan sobre mi seno palpitante de respeto y de voluptuosidad.

Cuando al salir de estos ensueños me volvia á encontrar hecho un pobre bretoncillo oscuro, sin gloria, sin belleza, sin talentos; que no atraeria las miradas de nadie; que pasaria ignorado, y á quien ninguna mujer amaria jamás, se apoderaba de mí la desesperacion, y no osaba levantar los ojos sobre la brillante imágen que yo traia en seguimiento de mis pasos.

(1) Véanse mis *Obras completas.*

(Paris, nota de 1837.)

DOS AÑOS DE DELIRIO.—OCUPACIONES Y QUIMERAS.

Este delirio duró dos años enteros, durante los cuales llegaron las facultades de mi alma al mas alto grado de exaltacion. Yo habiaba poco, y dejé de hablar; solia estudiar tambien, y arrojé los libros. Mi inclinacion á la soledad se redobló entonces. Tenia todos los síntomas de una pasion violenta; mis ojos se iban hundiendo, y enflaquecia por grados; no dormia; estaba distraido, triste, enardecido y uraño. Mis dias se deslizaban de una manera salvaje, rara, insensata, y llena de delicias sin embargo.

Al Norte del castillo habia un arenal inculto, sembrado de piedras drúidicas, en una de las cuales iba á sentarme al ponerse el sol. Las doradas cimas de los bosques, el esplendor de la tierra y la estrella crepuscular que centelleaba al través de las nubes, volvian á traerme mis sueños. Hubiera querido gozar de este espectáculo con el objeto ideal de mis ansias. Seguia con mi pensamiento al astro del dia, y le fiaba la conduccion de mi deidad para que la presentase rádiante como él al universo y recogiese sus homenajes. El viento de la tarde, que rompia la redecilla tendida por el insecto sobre la punta de las yerbas, y la alondra que se posaba sobre un canto, me devolvian la realidad: entonces dirigia mis pasos hácia el castillo con el corazon oprimido y abatido semblante.

LUIS XVI Y MARÍA ANTONIETA.

En verano, cuando habia tempestad, me subia á lo alto de la gran torre del Oeste. El trueno que retumbaba por encima de los caballetes del castillo; los torrentes de lluvia que caian haciendo un ruido sordo; los techos piramidales de las torres y el relámpago que surcaba la nube y marcaba con una llama eléctrica las veletas de metal, excitaban mi entusiasmo, llamaba al rayo como Ismen sobre las murallas de Jerusalen, porque esperaba que me traeria á mi Armida.

Cuando estaba el tiempo sereno, atravesaba el Mallo grande, alrededor del cual habia unas praderas cortadas por setos de sauces. En uno de estos sauces habia hecho un asiento, que venia á ser una especie de nido, y allí, aislado entre el cielo y la tierra, pasaba horas enteras con las silvias; mi ninfa estaba á mi

lado. Tambien asociaba su imágen á la belleza de aquellas noches de primavera, impregnadas de la frescura del rocío, de los suspiros del ruiseñor y del murmullo de las brisas. Otras veces, siguiendo mi camino, desamparado, una onda adornada con sus plantas ribulares, escuchaba los rumores que salen de los sitios no frecuentados; aplicaba el oido á cada árbol; creia oir cantar en los bosques á la claridad de la luna; queria repetir estos placeres, y espiraban las palabras en mis labios. Sin saber cómo, volvia á encontrar á mi diosa en los acentos de la voz, en la vibracion de las cuerdas de un arpa, y en los sonidos meláncolicos y armoniosos de una trompa ó de una armónica. Seria demasiado largo el referir los viajes que hacia con mi flor de amor; cómo visitábamos mano á mano las ruinas célebres de Venecia, Roma, Atenas, Jerusalen, Memphis y Cartago; cómo atravesábamos los mares; cómo pediamos la felicidad á las palmeras de Otaiti y á los bosques embalsamados de Amboina y de Tidor; cómo ibamos á despertar á la aurora á la cima del Himalaya; cómo bajábamos los *rios santos*, cuyas esparcidas ondas circuyen las pagodas con bolas de oro, y cómo dormiamos, por último, en las orillas del Ganges, mientras que el bengali, perchada sobre el mástil de una cama de bambú, cantaba su barcarola indiana.

La tierra y el cielo eran para mí como si no existieran; habiame olvidado especialmente del último; pero si yo no le dirigia mis votos, escuchaba en cambio la voz de mi secreta miseria, porque yo sufria, y los padecimientos equivalen á las plegarias.

MIS DIVERSIONES EN EL OTOÑO.

Cuanto mas triste era la estacion, mas en armonía estaba conmigo: el tiempo de los hielos entorpece las comunicaciones y deja aislados por consiguiente á los habitantes de los campos: entonces suele hallarse uno mas al abrigo de los hombres.

Las escenas del otoño participan de cierto carácter moral; aquellas hojas, que caen como nuestros años; aquellas flores, que se marchitan como nuestras horas; aquellas nubes, que huyen como nuestras ilusiones; aquella luz, que se debilita como nuestra inteligencia; aquel sol, que se entibia como nuestros amores; y aquellos rios, que se congelan como nuestra vida, tienen relaciones secretas con nuestros destinos.

Yo veia con un placer indecible la vuelta de la estacion de las tempestades, el tránsito de las palomas torcaces y de los cisnes, y la reunion de los grajos en la pradera del estanque para ir á empingorotarse á la entrada de la noche sobre las mas altas encinas del Mallo grande. Cuando se divisaba por la noche un vapor azulado en las encrucijadas de los bosques, y los ayes ó las canciones lastimeras del viento se oian en las dobladas puntas de los árboles, entraba yo en plena posesion de las simpatías de mi naturaleza. Si encontraba algun labrador en el extremo de un barbecho, me detenia para mirar á este hombre, que habia brotado á la sombra de las espigas, entre las cuales debia ser segado, y cuyo sudor ardiente se mezclaba con las heladas lluvias del otoño cuando revolvia la tierra de su tumba con la reja del arado: el surco que iba abriendo era el monumento destinado á sobrevivirle. ¿Qué hacia entre tanto mi elegante demonio? Trasportábame por medio de su magia á las orillas del Nilo; mostrábame la pirámide egipcia sumergida en la arena, como el surco armoricano estaba oculto algun dia bajo los matorrales: yo me aplaudia el haber colocado los ilusorios cuentos de mi felicidad fuera del círculo de las realidades humanas.

Por la noche me embarcaba en el estanque y conducia yo solo mi batel por entre los juncos y las anchas hojas flotantes de nenufar. Allí se reunian tambien las golondrinas para irse á invernar á otras regiones: yo no perdia ni el mas imperceptible de sus cánticos; Tavernier cuando era niño escuchaba con menos atencion las relaciones de un viajero. A la caida del sol jugueteaban sobre el agua, perseguian los insectos, se lanzaban reunidas al espacio como para probar sus alas, precipitábanse despues hasta rozarse con la superficie del lago, é iban á posarse en seguida sobre las cañas que apenas encorvaban su peso, y que se impregnaban de sus confusos cánticos.

ENCANTAMIENTO.

Caia la noche: el viento agitaban los campos de juncos y espadañas, entre las cuales dormian en silencio la caravana volátil, las pollas de agua, las cercetas, las arvelas y las gallinetas ciegas; el lago batia sus orillas; las voces imponentes del otoño salian de las marismas y de los bosques; yo amarraba mi batel, y regresaba al castillo. Daban las diez. No bien me habia retirado á mi aposento, cuando, abriendo mi ventana y fijando mis miradas en el cielo, empezaba mi encanto. Remontábame en brazos de mi maga sobre las nubes: envuelto entre sus cabellos y sus velos, iba, á merced de las tempestades, á agitar las cimas de los bosques, á conmover las crestas de las montañas, ó á levantar torbellinos en los mares. Ora me balancease en el espacio, ora descendiese del trono de Dios á las puertas del abismo, los mundos estaban entregados al poder de mis amores. En medio del desórden de los elementos casaba con embriaguez el pensamiento del placer con el del peligro. Los soplos del aquilon me traian únicamente los suspiros de la voluptuosidad; el ruido de la lluvia me invitaba á entregarme al sueño sobre el seno de una mujer. Las palabras que á esta dirigia hubieran sido bastantes para devolver á la vejez el fuego de la juventud, y para enardecer el inanimado mármol de las tumbas. Ignorándolo todo y sabiéndolo todo, vírgen y amante á la vez. Eva inocente y Eva culpable, la encantadora que me traia vuelto el juicio era una mezcla de misterios y de pasiones; yo la colocaba sobre un altar y le tributaba mi adoracion. El orgullo de ser amado de ella daba á mi amor nuevos quilates. Cuando la veia andar, me precipitaba á sus piés para que me pisoteara ó para besar sus huellas. Turbábame al ver su sonrisa; el eco de su voz me hacia temblar, y me estremecia cuando tocaba lo que ella habia tocado. El hálito que exhalaba su húmeda boca penetraba hasta la médula de mis huesos, y corria por mis venas en lugar de sangre. Una sola de sus miradas me hubiera hecho volar del uno al otro extremo de la tierra; ¿qué desierto no hubiera bastado con ella á mi amor? A su lado se hubiera convertido en palacio para mí el antro de los leones, y hubiesen sido demasiado cortos dos millones de siglos para apagar el fuego que me abrasaba el alma.

Este furor iba acompañado de una idolatría moral: merced á otro giro de mi imaginacion, aquella Phriné que me estrechaba en sus brazos, era tambien para mí la gloria y el honor especialmente: la virtud cuando pone en práctica sus nobles sacrificios, y el genio, cuando produce el mas extraordinario pensamiento, apenas podrian dar una idea de otra especie de felicidad. Mi creacion maravillosa me proporcionaba á la vez todos los halagos de los sentidos y todos los goces del alma. Abrumado y sumergido en cierto modo por estas dobles delicias, no sabia ya cuál era mi verdadera existencia; era hombre, y no

lo era; creíame á veces una nube, el viento, el ruido; era un puro espíritu, un ser aéreo que cantaba la suprema felicidad. Despojábame de mi humana naturaleza para fundirme con la hija de mis deseos; para transformarme en ella; para tocar mas íntimamente la belleza; para ser á la vez la pasion dada y recibida, el amor y el objeto del amor.

De repente, y echando de ver mi locura, me precipitaba sobre mi colcha, me envolvia en mi dolor, y regaba mi lecho de hirvientes lágrimas que nadie veia y que corrian miserables por una nada.

TENTACION.

A los pocos instantes, y siéndome insoportable la permanencia en mi aposento, bajaba al través de las tinieblas, abria furtivamente la puerta de la gradería como si fuera un asesino, y me iba á vagar errante por el gran bosque.

Despues de haber caminado algun tiempo á la aventura, agitando mis manos y abrazando los vientos que se me escapaban como la sombra que era objeto de mis persecuciones, me apoyaba en el tronco de una haya, miraba á los cuervos que huian volando del árbol á que yo me acercaba para posarse en otro, ó la luna que derramaba su pálida luz sobre las peladas cimas de los árboles: de buen grado hubiera querido habitar en aquel mundo muerto donde se reflejaba la palidez del sepulcro. No sentia la humedad ni el frio de la noche; el mismo hálito glacial del alba no hubiera conseguido sacarme del fondo de mis pensamientos si no hubiese llegado entonces á mis oidos el eco de la campana de la aldea.

En la mayor parte de los lugarcillos de la Bretaña se toca á muerto á la venida del dia. Este toque, compuesto de tres notas repetidas, viene á formar un aire monotono, melancólico y campestre. A mi alma herida y enferma nada cuadraba mejor que el ser restituida á las tribulaciones de la existencia por la campana que anunciaba su fin. Representábame en mi imaginacion al pastor que habia espirado en su cabaña desconocida, y cuyo cadáver iba á ser depositado despues en un cementerio no menos ignorado. ¿Qué mision fue la de este hombre sobre la tierra? ¿Qué hacia yo mismo en este mundo? Puesto que debia emigrar de él, ¿no valia mas partir con el fresco de la mañana y llegar á buena hora, que terminar el viaje abrumado bajo el peso y el calor del dia? Asomóse á mi rostro el carmin del deseo, y la idea de no ser despertó en mi corazon un gozo súbito. En tiempo de los errores de mi juventud he deseado muchas veces no sobrevivir á la felicidad: habia en el primer triunfo una dicha tan grande, que me hacia aspirar á la destruccion.

Ligado cada vez mas fuertemente á mi fantasma, y no pudiendo gozar de lo que no existia, mi estado era muy parecido al de esos hombres mutilados, que sueñan bellezas imposibles para ellos, y que se crean un sueño ilusorio, cuyos placeres igualan á los tormentos del infierno. Aquejábame ademas el presentimiento de las miserias de mi futuro destino, y era tan ingenioso en forjarme padecimientos, que me habia colocado entre dos desesperaciones: creíame unas veces un ser nulo é incapaz de elevarme sobre los hombres vulgares, al paso que otras me parecia poseer algunas prendas que no serian apreciadas jamás. Predeciame un secreto instinto que á medida que fuera avanzando en el mundo no encontraria nada de lo que buscase.

Todo contribuia á acrecentar la amargura de mis disgustos. Lucila era desgraciada; mi madre no me prodigaba ningun consuelo, y mi padre me hacia experimentar los grandes terrores de la vida. Su melancólico humor iba en aumento con la edad; la vejez roia su alma como su cuerpo, y me espiaba constantemente para regañarme. Cuando al volver de mis salvajes escursiones lo veia sentado sobre la gradería, me hubiera dejado matar antes que entrar en el castillo. Pero esto no era mas que dilatar mi suplicio; precisado á presentarme á la hora de cenar, me sentaba desconcertado en el borde de mi silla, con las mejillas golpeadas por la lluvia y el cabello en desórden. Abrumado por las miradas de mi padre, me quedaba inmóvil y bañaba mi frente con un sudor copioso: escapóseme al fin la última fibra de la razon.

Al llegar á esta parte de mis memorias necesito hacer un esfuerzo para confesar mi debilidad. El hombre que atenta contra sus dias da menos pruebas del vigor de su alma que del desfallecimiento de su naturaleza.

Tenia yo una escopeta de caza, cuyo fiador estaba tan usado, que no ofrecia ninguna garantía; un dia la cargué con tres balas, y me dirigí á un sitio retirado del Mallo grande. Cuando llegué á él amartillé la escopeta, introduje el estremo del cañon en mi boca, di tres golpes en el suelo con la culata, repetí esta prueba reiteradas veces, y sin embargo no salió el tiro: la llegada de un guarda suspendió mi resolucion: Fatalista sin querer, y sin saberlo, supuse que mi hora no habia llegado aun, y aplacé para otro dia la ejecucion de mi proyecto. Si me hubiese dado entonces la muerte, todo cuanto he sido me hubiera acompañado al sepulcro; nadie habria tenido noticia de la causa que me habia impelido á mi catástrofe; hubiera engruesado el número de los infortunados, y no me hubiera hecho seguir por el rastro de mis penas, como un herido por el rastro de su sangre.

Aquellos cuya razon se turbe al leer esta descripcion, y se sientan inclinados á imitar mis locuras, así como los que me conserven en su memoria por mis quimeras, deben tener presente que les habla la voz de un muerto. Lector, á quien no conoceré jamás, todo ha concluido; ya no queda de mí otra cosa que lo que soy en manos del Dios vivo que me ha juzgado.

ENFERMEDAD.—TEMO Y REHUSO ABRAZAR EL ESTADO ECLESIÁSTICO.—PROYECTO DE VIAJE A LAS INDIAS.

Una enfermedad, fruto de mi desordenada vida, puso fin á los tormentos de los cuales procedieron las primeras inspiraciones de la musa y los primeros ataques de las pasiones. Aquellas pasiones que me destrozaban el alma: aquellas pasiones, vagas aun, se parecian á las tempestades que afluyen de todos los puntos del horizonte: piloto inesperto no sabia por qué lado habia de presentar la vela á los vientos indecisos. Hinchóseme el pecho, y se apoderó de mí la fiebre; enviaron á buscar á Bazonches, pequeña ciudad distante cinco ó seis leguas de Combourg, un escelente médico, llamado Chefsel, cuyo hijo representó un papel importante en el asunto del marques de la Rouarie (1). Despues de examinarme atentamente, me recetó algunos remedios, y declaró que ante todo era preciso que me hiciesen cambiar de método de vida.

Seis semanas estuve de peligro. Mi madre vino una mañana á sentarse al borde de mi cama, y me dijo: «Tiempo es ya que os decidais á tomar estado; vuestro hermano tiene el encargo de obtener para vos un beneficio: pero antes de entrar en el seminario es preciso que consulteis detenidamente vuestra vocacion; porque si bien deseo que abraceis el estado eclesiástico, prefiero mil veces que seais seglar que no un sacerdote escandaloso.»

(1) A medida que voy avanzando en edad, voy encontrando tambien á los personajes de mis *Memorias*: la viuda del hijo del médico Chefsel acaba de ingresar en la enfermería de *María Teresa*: este es un testigo mas de mi veracidad.

(*París, nota de* 1834.

Despues de las anteriores líneas, fácilmente podrá inferirse si la proposicion de mi madre era ó no oportuna. En las situaciones mas graves de mi vida siempre se me ha ocurrido rápidamente aquello que debia evitar; un impulso de honor es el móvil de mi conducta. Simple abate, me creia puesto en ridículo; obispo, la dignidad del sacerdocio me parecia imponente, y retrocedia con respeto ante el altar. Y dado caso que me decidiera por lo último, ¿trataria de hacer esfuerzos para adquirir las virtudes de un prelado ó debia limitarme á ocultar mis vicios? Sentíame muy débil para abrazar el primer partido, y demasiado franco para optar por el segundo. Aquellos que me tachan de ambicioso é hipócrita, me conocen muy mal: yo no haré fortuna en el mundo, precisamente porque me faltan un vicio y una pasion: la ambicion y la hipocresía. La primera podria existir en mí, cuando mas, como hija del amor propio ofendido: en ocasiones dadas podria desear ser ministro del rey para reirme de mis enemigos; pero á las veinte y cuatro horas arrojaria mi cartera y mi corona por la ventana.

Dije, pues, á mi madre que no tenia una vocacion decidida por el estado eclesiástico. Era ya la segunda vez que variaba de proyecto: antes no habia querido ser marino, y ahora me negaba á ser sacerdote. Restábame la carrera militar, á la cual tenia bastante aficion; pero ¿cómo soportar la pérdida de mi independencia y la dureza de la disciplina europea? Para conciliar ambos estremos discurrí un medio original: indiqué á mi padre que iria de muy buen grado al Canadá á roturar sus bosques, ó á las Indias á servir en los ejércitos de los príncipes del país.

Por uno de esos contrastes que suelen hallarse en todos los hombres, mi padre, tan razonable en todo lo demás, no hacia nunca una acogida desfavorable á cualquier proyecto aventurado. Contentóse, pues, con reprender á mi madre por mi versatilidad, y se decidió por mi viaje á las Indias. Enviáronme al efecto á Saint-Malo, donde algunos buques hacian sus preparativos para partir á Pondichery.

UN MOMENTO EN MI CIUDAD NATAL.—RECUERDO DE VILLENEUVE Y DE LAS TRIBULACIONES DE LA INFANCIA.—VUELVO Á SER LLAMADO Á COMBOURG.—ÚLTIMA ENTREVISTA CON MI PADRE.—ENTRO EN EL SERVICIO.—ADIOS Á COMBOURG.

Dos meses habian trascurrido, cuando volví á hallarme solo en mi isla materna: la Villeneuve acababa de morir. Al ir á llorarla al pié del desierto y miserable lecho donde espiró, ví el carricoche de mimbre en el cual aprendí á andar sobre este triste globo. Figurábame que estaba viendo á mi antigua nodriza, mirando desde su lecho con amortiguados ojos mis andaderas, este primer monumento de mi vida, en presencia del último de la de mi segunda madre: la idea de las plegarias que dirigia al cielo la Villeneuve por la felicidad de su hijo de leche al dejar el mundo, aquella prueba de un cariño tan constante, tan desinteresado, tan puro, me destrozaban el corazon, y me hacian verter lágrimas de ternura, de sentimiento y de gratitud.

Por lo demás nada existia ya de mi pasado en Saint-Malo: en vano buscaba en el puerto los navíos cuyas cuerdas eran mi recreo en otro tiempo: todos habian partido ó sido hechos pedazos: la casa en que vivia estaba trasformada en posada. Casi estaba tocando aun mi cuna, y sin embargo ya habia pasado todo un mundo. Estraño en los lugares de mi infancia, todos preguntaban quién era, y me desconocian, sin otra causa que la de haberse elevado mi cabeza algunas líneas del suelo, hácia el cual se inclinará nuevamente dentro de pocos años. ¡Cuántas veces, y cuán rápidamente cambiamos de existencia y de ilusiones! A los amigos que nos dejan suceden otros nuevos, nuestros vínculos varian tambien; constantemente alcazamos una época en la cual no poseemos nada de lo que poseíamos, ni tenemos nada de lo que tuvimos. El hombre no tiene una sola é idéntica vida, sino que tiene muchas distintas entre sí; en esto estriba su miseria.

Falto de un amigo que me acompañara, me paseaba solo por las orillas del mar que presenciaron mis castillos de arena. *Campus ubi Troja fuit.* Al recorrer la desierta playa, las arenas abandonadas del flujo de las olas me ofrecian la imágen de esos espacios desolados que dejan las ilusiones al retirarse en torno de nosotros. Mi compatriota Abelardo habia contemplado como yo aquella mar, hace ochocientos años, pensando en su Eloisa; habia presenciado tambien la desaparicion de los buques. (*ad horizontis undas*), y su oido, así como el mio, habia escuchado el unísono ruido de las olas. Distraido algunas veces con los funestos pensamientos que habia traido de los bosques de Combourg, me esponia á ser arrebatado por la oleada. El cabo Lavarde, era el término de mis correrías: sentado en el estremo del mismo, y entregado á las mas amargas meditaciones, recordaba que aquellas rocas me habian ocultado durante las ferias, y que habia devorado en ellas mis lágrimas mientras que mis compañeros saltaban y triscaban de gozo. No era ahora mas querido ni mas feliz que entonces. De allí á muy pocos dias iba á abandonar mi patria para ir á gastar mi vida en diversos climas. Estas reflexiones me laceraban el corazon en tales términos, que tuve impulsos de precipitarme al mar.

Una carta de mi padre me hizo regresar á Combourg: llegué á la hora de cenar; mi padre no me dijo ni una palabra; mi madre no hacia mas que suspirar; Lucila estaba consternada: cuando dieron las diez se retiraron todos, y dirigí á la última algunas preguntas; pero mi hermana nada sabia. A la mañana siguiente me enviaron á buscar de parte de mi padre. Bajé, y me dirigí á su gabinete, donde me estaba esperando.

«Caballero, me dijo así que me vió: es preciso que renuncieis á vuestras locuras. Vuestro hermano ha obtenido para vos un despacho de subteniente en el regimiento de Navarra. Vais á partir para Rennes, y de allí á Cambray. Ahí van cien luises no los malgasteis. Yo me hallo muy viejo y achacoso, y me restan pocos dias de vida. Procurad conduciros como hombre de bien, y no deshonreis jamás vuestro nombre.»

Dijo, y me estrecho en sus brazos. Su severo y arrugado semblante se acercó al mio con emocion: aquel era para mí el último ósculo paternal.

El conde de Chateaubriand, hombre tan temible á mis ojos, me pareció en aquel momento el padre mas digno de mi ternura. Apoderéme de su mano descarnada, y derramé sobre ella abundante llanto. En aquella época fue cuando sintió el primer ataque de una paralisis que lo condujo á la tumba. Su brazo izquierdo se agitaba con un movimiento convulsivo tan fuerte, que se veia precisado á contenerlo con la mano derecha. En esta postura y despues de haberme entregado su espada, me condujo, sin darme tiempo para reconocerme, al cabriolé que me estaba esperando en el Patio Verde. El postillon partió cuando me despedia por señas de mi madre y de mi hermana, que estaban inundadas en llanto sobre la gradería.

Al llegar á la calzada del estanque, vi los cañaverales de mis golondrinas, la acequia del molino y la

pradera. Lancé desde allí una mirada sobre el castillo y principié á avanzar, como Adan despues de su pecado, por tierras desconocidas : el mundo entero se extendia ante mis ojos : *and the world was all before hin.*

Desde esta época no he vuelto á ver á Combourg mas que tres veces: despues de la muerte de mi padre nos reunimos allí para dividir nuestra herencia y despedirnos. Otra vez acompañé á Comboug á mi madre que iba á amueblarlo, porque mi hermano debia llevar su mujer á la Bretaña. Mi hermano no vino, y al poco tiempo recibieron él y su esposa, de manos del verdugo, otro almohadon bien distinto del que les habia preparado mi madre. La última vez que estuve en Combourg fue cuando me dirigí á Saint-Malo para embarcarme para América. El castillo estaba abandonado y me vi precisado á apearme en casa del mayordomo. Cuando desde una calle sombría del Mallo grande vi la gradería desierta y las ventanas cerradas, me puse malo, me dirigí trabajosamente á la aldea, pedí mis caballos y partí á me ia noche.

Despues de quince años de ausencia, y antes de abandonar nuevamente la Francia para ir á la *Tierra Santa*, fui á Tongéres á despedirme de los restos de mi familia. No tuve valor de emprender la peregrinacion á los campos, donde habia trascurrido una parte de mi existencia, sin dar este paso. En los bosques de Combourg fue donde sentí el primer ataque de este fastidio, que he arrastrado conmigo toda mi vida; de esta tristeza que ha sido mi tormento y mi felicidad; allí fue donde busqué un corazon que pudiese armonizar con el mio; allí vi reunirse y dispersarse despues á mi familia; allí fue donde mi padre pensó restablecer el brillo de su nombre y la fortuna de su casa, otra quimera que el tiempo y las revoluciones han disipado tambien. De seis hijos que éramos, no hemos quedado mas que tres : mis hermanas, Julia y Lucila no existen; mi madre murió de dolor; las cenizas de mi padre fueron arrebatadas de su tumba.

Si mis obras me sobreviven; si debo dejar un nombre, quizás haya algun viajero que guiado por estas *Memorias* vaya á visitar los lugares que he descrito. Este viajero podrá reconocer el castillo; pero en vano buscará los grandes bosques; la cuna de mis ensueños ha desaparecido como los ensueños mismos. El antiguo torreon, que ha quedado solo y en pié sobre una roca, llora á sus viejas compañeras encinas que lo circundaban y protegian contra la tempestad Aislado como él, he visto caer como él en torno mio la familia que embellecia mis dias, y á cuyo abrigo me cobijaba; felizmente no está mi vida tan sólidamente arraigada á la tierra como las torres donde he pasado mi juventud, y el hombre resiste menos á las tempestades que los monumentos erigidos por sus manos.

Berlin marzo de 1821.

Revisado en julio de 1844.

BERLIN.—POSTDAM.—FEDERICO.

De Combourg á Berlin hay tanta diferencia como de un jóven lleno de ilusiones á un viejo diplomático. En las precedentes líneas vuelvo á hallar otra vez las siguientes palabras: «He empezado á escribir mis *Memorias* en una porcion de puntos diferentes : ¿en dónde las concluiré?»

Desde la fecha en que escribí los sucesos que acabo de referir, á la en que vuelvo á continuar estas *Memorias*, han trascurrido cerca de cuatro años. Mil cosas han sobrevenido de entonces á hoy : actualmente hay en mí un segundo hombre; el hombre político. Debo confesar, sin embargo, que no soy muy adicto á este. He defendido las libertades de la Francia, que pueden hacer por sí solas duradero el trono legítimo. Contribuí con el *Conservador* á que Mr. Villele subiera al poder; he visto morir al duque de Berry, y he honrado su memoria. Para poder conciliarlo todo he procurado alejarme, y he aceptado la embajada de Berlin.

Ayer estaba en Postdam, cuartel lleno de adornos que se halla hoy sin soldados : estudié al falso *Julian* en su falsa *Atenas*. Mostráronme la mesa en la cual puso en verse francés un gran monarca aleman las máximas enciclopédicas; la habitacion de Voltaire, adornada con monos y papagayos de madera; el molino cuya propiedad se le antojó respetar al mismo que arrebataba provincias enteras; la tumba del caballo *César*, y las galgas de *Diana*, *Amorcillo*, *Cierva*, *Soberbia* y *Paz*. El regio impío se complació en profanar hasta la religion de las tumbas, erigiendo mausoleos á sus perros; señaló el sitio de su sepultura cerca de la de estos, menos por desprecio de los hombres que por ostentacion de la nada.

Condujéronme tambien al palacio nuevo, que está ya cayéndose. Respétanse en el antiguo palacio de Postdam las manchas de tabaco, los sillones sucios y llenos de girones, y todas las señales, en fin, que deponen contra el aseo del príncipe renegado. Estos lugares inmortalizan á la vez la suciedad del cínico, la impudencia del ateo, la tiranía del déspota y la gloria del soldado.

Una sola cosa llamó mi atencion; la aguja del reló, fija sobre el minuto en que espiró Federico; habíame engañado la inmovilidad de la imágen : las horas no suspenden su fuga; no es el hombre el que detiene el tiempo, sino el tiempo quien detiene al hombre. Ademas, importa muy poco el papel que hemos representado en la vida; el brillo ó la oscuridad de nuestras doctrinas, nuestras riquezas ó nuestras miserias, nuestros dolores ó nuestros goces, no cambian á medida que cambian nuestros dias. Que la aguja circule por una esfera de oro ó de madera; que esta esfera, mas ó menos ancha, esté engastada en una sortija ú ocupe toda la fachada de la torre de una basílica, la hora no tiene mas que la misma duracion.

En un subterráneo de la iglesia protestante, y debajo del púlpito del cismático exclaustrado, he visto el ataud del coronado sofista. Este ataud es de bronce, y retiñe cuando se toca en él. El gendarme que duerme en aquel lecho de metal no despertará de su sueño ni aun con el ruido de su renombre, sino cuando suene la trompeta, que le llamará sobre su último campo de batalla á presencia del Dios de los ejércitos.

Sentia interiormente tan grande necesidad de cambiar de impresiones, que hallé un especial consuelo al visitar la casa de mármol. El rey que la mandó construir me habia dirigido en otro tiempo palabras en extremo honrosas para mí cuando atravesé por medio de su ejército siendo un simple oficial. Este rey participa al menos de las necesidades comunes á los hombres; vulgar como ellos, buscó un refugio en los placeres. ¿Sentirán hoy ambos esqueletos la diferencia que existió entre ellos en otro tiempo, cuando el uno era Federico Guillermo y el otro Federico el Grande? Sans-Souci y la casa de mármol son, lo mismo una que otra, ruinas sin dueño.

En todo caso, y aun cuando la enormidad de los sucesos de nuestros dias haya achicado los sucesos pasados; aun cuando Rosbach, Lissa, Liegnit, Torgau, etc., etc., no hayan sido mas que unas escaramuzas respecto de las batallas de Marengo, de Austerliz, de Jena y de la Moscovia, Federico el Grande es el que menos mal librado queda entre algunos otros personajes, comparados con el gigante encadenado en Santa Elena. El rey de Prusia y Voltaire son dos figuras extravagantemente agrupadas, que vivirán eternamente, el segundo destruia una sociedad con la filosofía que servia al primero para fundar un reino.

Las noches en Berlin son muy largas. Habito un palacio propio de la señora duquesa de Dino. Mis secretarios me abandonan al anochecer. Cuando no hay fiesta en la córte por el casamiento de la gran duquesa con el gran duque Nicolás (1), no salgo de casa. Encerrado solo junto á una estufa de color oscuro, únicamente llega á mis oidos el grito del centinela de la puerta de Brandebourg y los pasos sobre la nieve del sereno que canta las horas. ¿En qué invertiré mi tiempo? ¿Con los libros? No los tengo : continuaré por lo tanto mis *Memorias*.

Me habeis dejado en el camino de Combourg á Rennes, en cuya ciudad fuí á hospedarme á casa de uno de mis parientes, el cual me manifestó con regocijo que una señora conocida suya, que iba á París tenia un asiento que ceder en su coche, y que estaba casi seguro de poder determinarla á que me llevase en su compañía. Yo acepté, maldiciendo la cortesía de mi pariente, quien despues de haber concluido el trato, me presentó al momento á mi compañera de viaje, la cual era una modista guapa y desenvuelta, que se echó á reir así que me vió. Los caballos llegaron á media noche, y partimos en seguida.

Héme aquí en una silla de posta, y á solas con una mujer en medio de la noche. ¿Cómo era posible que yo, que no habia mirado en mi vida á ninguna mujer sin ruborizarme, descendiese desde la altura de mis sueños hasta aquella espantosa verdad? No sabia cómo ni en dónde me hallaba, y trataba de apretarme cuanto podia al rincon del coche de miedo de tocar el traje de la señora Rosa. Cuando me dirigia la palabra, balbuceaba yo sin poder responderla; vióse precisada á pagar el postillon, y á encargarse de todo, porque yo no era capaz de nada. Al amanecer volvió á mirar con nueva sorpresa á este simple, con el cual sentia haberse puesto en viaje.

Cuando empezó á variar el aspecto del paisaje y dejé de reconocer el traje y acento de los aldeanos bretones, caí en un abatimiento profundo, y se aumentó por ende el desprecio que sentia hacia mí la señora Rosa. Yo conocí perfectamente la clase de sentimiento que habia inspirado, y este primer ensayo del mundo me hizo una impresion que el tiempo no ha conseguido borrar completamente. Yo habia nacido montaraz, pero no vergonzoso; tenia la modestia de mis años, pero no el embarazo que suele ser peculiar de los jóvenes de mi edad. Cuando adiviné que habia caido en ridículo, merced á una de mis buenas cualidades, mi bravura se cambió en una timidez invencible. Ya no pude decir ni una palabra mas; conocia que tenia que ocultar alguna cosa, y que esta alguna cosa era una virtud; tomé, pues, el partido de ocultarme á mí mismo para llevar en paz mi inocencia.

Entre tanto seguiamos avanzando hácia París. Cuando llegamos á la parada de Saint-Cyr me llamó la atencion la anchura de los caminos y la regularidad y simetría de los plantíos. De allí á muy poco rato llegamos á Versailles, y me maravillé en extremo al ver el naranjal y sus escaleras de mármol. El buen éxito de la guerra de América habia devuelto sus triunfos al castillo de Luis XIV : la reina brillaba en él con todo el esplendor de su juventud y belleza; el trono, que tan próximo se hallaba á su caida, parecia que no habia estado jamás mas sólido. Y yo, oscuro viajero, debia sobrevivir á aquella pompa; debia quedar para ver los bosques de Trianon, tan desiertos como los que acabamos de dejar entonces.

Llegamos, en fin, á París. Todos cuantos semblantes encontraba me parecia que revelaban cierto aire burlon; creia, como el hidalgo montañés, que me miraban para burlarse de mí. La señora Rosa dijo que la condujeran á la calle del Mail, al *hotel de Europa*, y se apresuró á deshacerse de su imbécil. Apenas me habia apeado del coche, cuando dijo al portero : «Dad á este caballero una habitacion.—Servidora vuestra,» añadió, haciéndome una ligera cortesía. En toda mi vida he vuelto á ver á la señora Rosa.

(1) Actualmente emperador el uno y emperatriz la otra de Rusia.

(*París*; *nota de* 1852.)

Berlin marzo de 1821.

MI HERMANO.—MI PRIMO MOREAU.—MI HERMANA LA CONDESA DE TARCY.

Una mujer subió delante de mí por una escalera negra y empinada, llevando una llave rotulada en la mano : seguianos un saboyano cargado con mi maletilla. Cuando llegamos al tercer piso, la criada abrió la puerta de un cuarto, y el saboyano dejó la maleta, colocándola al través de los brazos de un sillon. La criada me dijo entonces : «¿Se os ofrece algo, caballero?—No» le respondí. Oyéronse tres silbidos; mi interlocutora contestó : «Allá voy.» Salió bruscamente, cerró la puerta, y echó á correr con el saboyano por la escalera abajo. Cuando me quedé solo, se me oprimió el corazon de una manera tan extraordinaria, que faltó poco para que volviese á emprender el camino de Bretaña. Veníaseme á la memoria todo cuanto habia oido decir de París, y me veia contrariado de cien maneras diferentes. Queria acostarme, y no estaba echa la cama : tenia hambre, y no sabia cómo arreglármelas para comer. Aquejábame el temor de faltar á los usos de la casa : ¿debia llamar á los criados de la fonda, ó bajar en busca suya? ¿A quién dirigirme? Aventureme al fin á asomar la cabeza por una ventana, y no vi mas que un patio interior, profundo como un pozo, por el cual pasaban y repasaban algunos criados, que no se acordarian probablemente en su vida del prisionero del tercer piso. Volví á sentarme cerca de la sucia alcoba donde debia dormir, y quedé reducido á contemplar los personajes del papel pintado que habia en el interior de la misma. A esta sazon oí un ruido lejano de voces, que fue aumentándose y aproximándose poco á poco; ábrese la puerta de mi cuarto, y veo entrar á mi hermano y á uno de mis primos, hijo de una hermana de mi madre, que habia hecho un mal casamiento. La señora Rosa se apiadó, á pesar de todo, del pobre necio, y mandó un recado á mi hermano, cuyas señas le dijeron en Rennes, de que ya habia llegado á París. Mi hermano me echó los brazos al cuello. Mi primo Moreau era un hombre alto y gordo, que estaba manchado siempre de tabaco, que comia como un ogro, que hablaba mucho, que estaba correteando, silbando, y ahogándose todo el dia; que conocia á todo el mundo, y que pasaba la vida en los garitos, en las antecámaras y en los salones. «¡Vamos, caballero! exclamó al verme: ya os tenemos en París; voy á llevaros á casa de madama de Chatenay.» ¿Quién era aquella mujer, cuyo nombre oia por primera vez en mi vida? Esta proposicion me hizo rebelarme contra mi primo Moreau. «El caballero, dijo mi hermano, debe tener necesidad de reposo; iremos por tanto á ver á madama de Tarcy, y despues volverá á comer y á acostarse.»

Al oir estas palabras, penetró en mi corazon un sentimiento de gozo; el recuerdo de mi familia en medio de un mundo indiferente fue para mí un bálsamo. Pusímonos en marcha. El primo Moreau dijo tempestades acerca de mi mala habitacion, y ordenó al huésped que me hiciese bajar un piso cuando menos. Subimos al coche de mi hermano, y nos dirigimos al convento donde vivia madama de Tarcy.

Julia hacia ya algun tiempo que habia ido á París para consultar á los médicos. Su encantadora figura, su elegancia y su talento la hacian muy apreciable á

los ojos de cuantos la conocian, los cuales tenian placer en visitarla. Ya he dicho que habia nacido con talento especial para la poesía. Ha llegado á ser una santa, despues de haber sido una de las mujeres mas agradables de su siglo: el abate Carrion ha escrito su vida (1). Estos pastores, que andan siempre tras de las almas, sienten hácia ellas el amor que un padre de la Iglesia atribuye al Criador. «Cuando un alma llega al cielo, dice este pobre, con la sencillez de corazon de un cristiano de los primitivos tiempos y con la candidez de un genio griego, la pone Dios sobre sus rodillas y la llama su hija.»

Lucila ha dejado una penetrante lamentacion: *A la hermana que ya no tengo.* La admiracion que inspiraba Julia al abate Carrion explica y justifica las palabras de Lucila. La narracion del santo padre demuestra tambien que yo he dicho verdad en el prefacio de *El Genio del Cristianismo*, y sirve de prueba para algunas partes de mis *Memorias*.

Julia se entregó inocente en los brazos del arrepentimiento; consagró los tesoros de su austeridad, á la redencion de sus hermanos, y á imitacion de la ilustre africana, su patrona, se hizo mártir.

El abate Carrion, el autor de la *Vida de los Justos*, es aquel eclesiástico compatriota mio, el Francisco de Paula del destierro, cuya fama, revelada por los afligidos, llegó á sonar al través de la de Bonaparte. El estruendo de una revolucion que trastornaba la sociedad no fue suficiente para ahogar la voz de un pobre vicario proscripto; parecia que habia venido exprofeso de extranjeras tierras para escribir las virtudes de mi hermana: él anduvo buscando entre nuestras ruinas, y descubrió una víctima y una tumba olvidadas.

Cuando el nuevo biógrafo describe las religiosas crueldades de Julia, se creeria que estaba uno oyendo á Bossuet en el sermon sobre la profesion de fe de la señorita de la Valliere.

«¿Osará ella tocar á ese cuerpo tan tierno, tan querido, tan cuidado? ¿No tendrá piedad de esa complexion tan delicada? Al contrario; á él es principalmente á quien se adhiere el alma como á su mas peligroso seductor: ella se marca los límites; estrechada por todas partes, no puede respirar sino del lado del cielo.»

Yo no puedo menos de sentir cierta confusion al volver á hallar mi nombre en las últimas líneas trazadas por la mano del venerable historiador de Julia. ¿Qué voy á hacer yo con mis debilidades al lado de tan elevadas perfecciones? ¿He cumplido yo todo lo que me hizo prometer la carta de mi hermana cuando la recibí hallándome emigrado en Lóndres? ¿Basta un libro ante la presencia de Dios? ¿Está, por otra parte, mi vida conforme con *El Cenio del Cristianismo*? ¡Qué importa que haya trazado yo las imágenes mas ó menos brillantes de la religion, si mis pasiones echan una sombra sobre mi fe! Yo no he llegado hasta el fin; yo no he ceñido el cilicio; esa túnica de mi viático hubiera embebido y secado mis sudores. Pero, viajero fatigado, me he sentado al lado del camino, y fatigado ó no, preciso será que me levante y que llegue al término donde ha llegado mi hermana.

Nada falta á la gloria de Julia: el abate Carrion ha escrito su vida: Lucila ha llorado su muerte,

(1) He puesto la vida de mi hermana Julia como suplemento á estas *Memorias*.

Berlin 30 de marzo de 1821.

JULIA EN EL MUNDO.—COMIDA.—PONMEREUL.—MADAMA DE CHATENAY.

Cuando volví á hallar á Julia en París, se hallaba en medio de las pompas mundanas: mostrábase cubierta de aquellas flores, ataviada con aquellos collares, y velada con aquellos tejidos que San Clemente prohibe á las primeras cristianas. San Basilio quiere que la media noche sea para el solitario lo que es la mañana para los otros, á fin de aprovechar el silencio de la naturaleza. La media noche era precisamente la hora en que iba Julia á las fiestas, cuya principal seduccion consistia en sus versos, acentuados por ella con una maravillosa euphonía.

Julia era infinitamente mas hermosa que Lucila; tenia unos ojos azules muy cariñosos, y negros cabellos ondeados. Sus manos y brazos, modelos de blancura y de buenas formas, añadian con sus graciosos movimientos un no sé qué de encantador á su esbelto talle. Mostrábase brillante y animada; reia mucho, pero sin afectacion, y enseñaba cuando se reia unos dientes de perlas. Habia una porcion de retratos de mujeres del tiempo de Luis XIV que se parecian á Julia, entre ellos los de las tres Montemart; pero era mucho mas elegante que madama de Montespan.

Julia me recibió con esa ternura que es peculiar únicamente de una hermana. Yo me sentí bajo una poderosa proteccion al verme estrechado entre sus brazos, sus cintas, su ramillete de rosas y sus encajes: nada hay que pueda reemplazar el agrado, la delicadeza y el afecto de una mujer: olvídanle á uno sus hermanos y sus amigos, y lo desconocen sus compañeros; pero no sucede asi con su madre, su hermana ó su mujer. Cuando fue muerto Harold en la batalla d'Hastings, nadie podia encontrarlo entre los montones de cadáveres: preciso fue para conseguirlo recurrir á una jóven á quien amaba. Vino esta, y el infortunado príncipe fue hallado por Edith en el cuello del cisne: *Editha swanes-hales, quod sonat collum cygni.*

Mi hermano volvió á acompañarme hasta la fonda; dió órden para que me sirvieran la comida, y se marchó al instante; comí solo, y me acosté triste. Pasé mi primera nocha en París echando de menos mis matorrales, y temblando ante la oscuridad de mi porvenir.

A la mañana siguiente vino á las ocho mi robusto primo, el cual habia ya hecho su quinta ó sesta expedicion: «Arriba, caballero; vamos á almorzar; iremos á comer despues con Ponmereul, y á la noche os llevo á casa de madama de Chatenay.» Parecióme que esto era una fatalidad, y me resigné. Despues de almorzar se empeñó en enseñarme á París, y me llevó por las calles mas sucias de las cercanías del Palais-Royal, contándome los peligros á que se hallaba expuesto un jóven. Asistimos puntualmente á la cita de la comida en casa del hosterero, y todo cuanto nos sirvieron me pareció malo. La conversacion y los convidados me mostraron otro mundo. No se habló de otra cosa que de la córte, de los proyectos de hacienda, de las sesiones de la academia, de las mujeres y de las intrigas del dia, de la comedia nueva, de los triunfos de los autores, de los actores y de las actrices.

Muchos de los convidados eran bretones; entre otros el caballero de Gaer y Ponmereul. Este era un excelente hablador, que escribió algunas campañas de Bonaparte, y á quien estaba yo destinado á volver á hallar á la cabeza de los libreros.

Ponmereul gozó en tiempo del imperio de cierto renombre por su odio á la nobleza. Cuando un hidalgo se hacia gentil-hombre de cámara, exclamaba: «¡Otro nuevo servicio sobre la cabeza de estos nobles!» Y á pesar de todo, Ponmereul tenia pretensiones, y con justa razon, de ser hidalgo. Firmaba *Ponmereud*, haciéndose descendiente de la familia de los Ponmereud de las cartas de madama de Sevigné.

Mi hermano quiso llevarme al teatro despues de comer; pero mi primo me reclamó para Mad. de Chatenay, y me fuí con el á mi destino.

Hallé en ella una mujer hermosa, que habia pasado su primera juventud, pero que podia inspirar sin embargo todavía alguna aficion. Recibióme perfectamente, y trató de hacerme perder mi encogimiento natural preguntándome sobre mi provincia y mi regimiento. A pesar de todo estuve cortado y confuso, y hacia señas á mi primo para que abreviase la visita; pero este proseguia haciendo ponderaciones, sin mirarme, acerca de mis méritos; afirmaba que yo habia hecho versos en el vientre de mi madre, y me invitaba á que dirigiese algunos á Mad. de Chatenay. Afortunadamente me sacó esta de tan penosa situacion pidiéndome mil perdones porque tenia que salir, y me invitó á que volviese á verla á la mañana siguiente, con un sonido de voz tan dulce, que prometí involuntariamente obedecerla.

En cumplimiento de mi promesa, fuí solo á verla al otro dia, y la hallé acostada en una habitacion elegantemente amueblada. Me dijo que se hallaba un poco indispuesta, y que tenia la mala costumbre de levantarse tarde. Aquella era la primera vez de mi vida que me hallaba al borde de la cama de una mujer que no era ni mi hermana ni mi madre. Habia notado la víspera mi timidez; y la vencí hasta tal punto, que me atreví á explicarme con una especie de abandono. Ya he olvidado lo que le dije; pero aun se me figura que estoy viendo su aire de sorpresa. Tendióme un brazo medio desnudo y la mano mas hermosa del mundo, y me dijo con semblante risueño: «Ya os domesticaremos.» Yo no besé aquella hermosa mano, y me retiré lleno de turbacion. A la mañana siguiente partí para Cambray. ¿Quién era aquella señora de Chateney? Lo ignoro; únicamente sé que se cruzó en mi vida como una sombra encantadora.

Berlin, marzo de 1821.

CAMBRAY.—EL REGIMIENTO DE NAVARRA.—LA MARTINIERE.

El correo de la mala me condujo á mi guarnicion. Uno de mis cuñados, el vizconde de Chateaubourg (el cual casó con mi hermana Benigna despues que esta enviudó del conde de Quebriac), me habia dado cartas de recomendacion para los oficiales de mi regimiento. El caballero de Guenau, hombre de muy agradable trato, hizo que me admitieran á la mesa en que comian los oficiales distinguidos por sus talentos, monsieur Achard, los Mahis y La Martiniere. El marqués de Montemart era el coronel del regimiento, y mayor el conde de Andrezel, al cual fuí recomendado muy particularmente. Mas tarde he vuelto á hallar á los dos. Uno de ellos llegó á ser colega mio en la cámara de los Pares, y el otro se acercó á mí en solicitud de algunos servicios que tuve la dicha de prestarle. Esperiméntase un triste placer al encontrar las personas que ha conocido uno en diversas épocas de la vida, y al considerar el cambio verificado en su existencia y en la nuestra. Estas personas, como los piquetes que deja uno detrás, nos trazan el camino que hemos seguido en el desierto de lo pasado.

Llegué al regimiento en traje de paisano, y veinte y cuatro horas despues vestia el traje militar, como si no hubiera gastado otro en mi vida. Mi uniforme era azul y blanco, como el hábito que llevé en otro tiempo: durante las épocas de mi niñez y de mi infancia he usado los mismos colores. Los subtenientes del regimiento no me hicieron sufrir ninguna de las pruebas á las que habia costumbre de someter á los novatos: ignoro por qué no se atrevieron á usar conmigo de estas bromas militares. Apenas hacia dos semanas que me hallaba en el cuerpo, ya me trataban todos como á un oficial *antiguo*. Aprendí con facilidad el manejo de las armas y la teoría, y pasé los grados de cabo y sargento con satisfaccion de mis instructores. Mi cuarto llegó á ser el punto de reunion de los viejos capitanes y de los jóvenes subtenientes; los primeros me referian sus campañas, y los otros me confiaban sus amores.

La Martiniere me venia á buscar para que fuéramos á pasear á la calle de una linda cambresiana, de la cual estaba muy enamorado; esta operacion soliamos repetirla cinco ó seis veces al dia. El pobre La Martiniere, que era muy feo y tenia la cara picada de viruelas, me referia su pasion bebiéndose grandes vasos de agua de grosella, que pagaba yo algunas veces.

Todo hubiera marchado para mí maravillosamente sin mi loca aficion á la moda; afectábase entonces el rigorismo del traje prusiano; sombrero angosto, bucles pequeños aplastados unos sobre otros, coleta recta y apretada, y casaca abotonada hasta el cuello. Este traje me desagradaba extraordinariamente; sometíame á él por la mañana porque no tenia otro remedio; pero por la noche, cuando no temia ser visto por los gefes, me encasquetaba un sombrero mas ancho; llamaba á un barbero para que bajase los bucles de mis cabellos y me desatase la coleta; me desabotonaba y volvia del reves las solapas de mi casaca, y en este delicioso *negligé* iba á pasearme con La Martiniere bajo los balcones de su cruel flamenca. Un dia me encontré de manos á boca con Mr. de Andrezel. «¿Qué es eso, caballero? me dijo el terrible mayor: id arrestado á la prevencion por tres dias.» Confieso que este castigo me humilló algun tanto; pero no pude menos de reconocer al mismo tiempo la verdad del proverbio: *No hay mal que por vien no venga*, puesto que me libertó de los amores de mi camarada.

Cerca de la tumba de Fenelon volví á leer el *Telémaco*; pero no estaba en la mejor disposicion para entretenerme con la historieta filantrópica de *La Vaca y el prelado*.

El principio de mi carrera es uno de mis agradables recuerdos. Al pasar por Cambray con el rey, despues de los Cien dias, busqué la casa en que habia habitado y el café que solia frecuentar, y no pude hallar ni una ni otro; todo habia desaparecido, hombres y monumentos.

MUERTE DE MI PADRE.

El mismo año en que empecé á hacer en Cambray mis primeros servicios, llegó la noticia de la muerte de Federico II. Actualmente soy embajador cerca del sobrino de aquel gran rey, y escribo en Berlin esta parte de mis memorias. A esta noticia, importante para el público, sucedió otra en estremo dolorosa para mí: Lucila me anunció que mi padre habia fallecido de un ataque apopletico á los dos dias de la fiesta de la Angevina, la cual constituia uno de los goces de mi infancia.

Entre los documentos auténticos que me sirven de guia, hallo las fees de difuntos de mis padres. Estas actas comprueban tambien de una manera particular *la muerte del siglo*, y las consigno aquí como una página histórica.

«Extracto del libro de defunciones de la parroquia de Combourg del año de 1786, en el cual se halla escrito lo que sigue, al folio 8 vuelto: